CUADERNOS historia 16

La I Guerra Mundial (1)

Julio Gil Pecharromán



35

140 ptas

CUADERNOS historia 16

1: Los Fenicios • 2: La Guerra Civil española • 3: La Enciclopedia • 4: El reino nazarí de Granada • 5: Flandes contra Felipe II • 6: Micenas • 7: La Mesta • 8: La Desamortización • 9: La Reforma protestante • 10: España y la OTAN • 11: Los orígenes de Cataluña • 12: Roma contra Cartago • 13: La España de Alfonso X • 14: Esparta • 15: La Revolución rusa • 16: Los Mayas • 17: La peste negra • 18: El nacimiento del castellano • 19: Prusia y los orígenes de Alemania • 20: Los celtas en España • 21: El nacimiento del Islam • 22: La II República Española • 23: Los Sumerios • 24: Los comuneros • 25: Los Omeyas • 26: Numancia contra Roma • 27: Los Aztecas • 28: Economía y sociedad en la España del siglo XVII • 29: Los Abbasíes • 30: El desastre del 98 • 31: Alejandro Magno • 32: La conquista de México • 33: El Islam, siglos XI-XIII • 34: El boom económico español • 35: La I Guerra Mundial (1) • 36: La I Guerra Mundial (2) • 37: El Mercado Común • 38: Los judíos en la España medieval • 39: El reparto de Africa • 40: Tartesos • 41: La disgregación del Islam • 42: Los Iberos • 43: El nacimiento de Italia • 44: Arte y cultura de la Ilustración española • 45: Los Asirios • 46: La Corona de Aragón en el Mediterráneo • 47: El nacimiento del Estado de Israel • 48: Las Germanías • 49: Los Incas • 50: La Guerra Fría • 51: Las Cortes Medievales • 52: La conquista del Perú • 53: Jaime I y su época • 54: Los Etruscos • 55: La Revolución Mexicana • 56: La cultura española del Siglo de Oro • 57: Hitler al poder • 58: Las guerras cántabras • 59: Los orígenes del monacato • 60: Antonio Pérez • 61: Los Hititas • 62: Don Juan Manuel y su época • 63: Simón Bolívar • 64: La regencia de María Cristina • 65: La Segunda Guerra Mundial (1) • 66: La Segunda Guerra Mundial (2) • 67: La Segunda Guerra Mundial (y 3) • 68 Las herejías medievales • 69: Economía y sociedad en la España del siglo XVIII • 70: El reinado de Alfonso XII • 71: El nacimiento de Andalucía • 72: Los Olmecas • 73: La caída del Imperio Romano • 74: Las Internacionales Obreras • 75: Esplendor del Imperio Antiguo de Egipto • 76: Los concilios medievales • 77: Arte y cultura de la Ilustración en España • 78: Apocalipsis nuclear • 79: La conquista de Canarias • 80: La religión romana • 81: El Estado español en el Siglo de Oro • 82: El «crack» del 29 • 83: La conquista de Toledo • 84: La sociedad colonial en América Latina • 85: El Camino de Santiago • 86: La Guerra de los Treinta Años • 87: El nacionalismo catalán • 88: Las conferencias de paz y la creación de la ONU • 89: El Trienio Liberal • 90: El despertar de Africa • 91: El nacionalismo vasco • 92: La España del Greco • 93: Los payeses de remensa • 94: La independencia del mundo árabe • 95: La España de Recaredo • 96: Colonialismo e imperialismo • 97: La España de Carlos V • 98: El Tercer Mundo y el problema del petróleo • 99: La España de Alfonso XIII • 100: Las crisis del año 68.

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.
DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.
DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.
DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Asunción Doménech y Manuel Longares.
COLABORACION ESPECIAL: José M.ª Solé Mariño.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.º 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Barcelona: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: 218 50 16 y 218 50 66.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfs.: 268 04 03 - 02.
DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.
PUBLICIDAD MADRID: Adriana González.
Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Cataluña: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: (93) 237 70 00, 237 66 50 ó 218 50 16.
Zona Norte: Alejandro Vicente. Avda. del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Tel. (94) 435 77 86.
IMPRIME: Raycar, S. A. Matilde Hernández, 27. 28019 Madrid.
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avda. Valdelaparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
ISBN 84-85229-76-2, obra completa.
ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.
ISBN 84-7679-016-3. Tomo V
Depósito legal: M. 41.536.—1985.



Soldados franceses esperando un tren durante la I Guerra Mundial

Indice

La I Guerra Mundial (1)

Por Julio Gil Pecharromán
Historiador. Profesor de Historia Contemporánea.
Universidad Complutense de Madrid

La Primera Guerra Mundial —la *Gran Guerra*, como la llamaron sus contemporáneos— no fue un simple conflicto armado de los que se saldan con un reajuste de fronteras y el pago de reparaciones por los vencidos. Su desarrollo y consecuencias marcaron el final de toda una época y el comienzo de otra bien distinta.

Tras la guerra el predominio mundial de Europa —característico del siglo XIX— dejó paso a un sistema de hegemonía compartida con otros países que, como el Japón y los Estados Unidos, habían intervenido en la contienda; se abrió una profunda crisis en el sistema colonial vigente; las sociedades europeas alumbraron nuevos tipos de organización estatal, con modelos como el bolchevique o el fascista, que se apartaban del Estado liberal decimonónico; y se aceleró el proceso de integración de las economías regionales en beneficio de un sistema económico de alcance mundial. De las ruinas de la conflagración surgió un nuevo orden internacional.

La guerra no estalló de un modo espontáneo, aunque el hecho que la desencadenó, el atentado de Sarajevo, fuera un acontecimiento inesperado. Los motivos que impulsaron a los gobiernos europeos a lanzarse unos contra otros en 1914 hundían sus raíces en problemas surgidos muchas veces más de medio siglo antes. Las causas del conflicto eran principalmente de tres órdenes.

Unas, las más visibles, afectaban al *equilibrio militar y diplomático* entre las potencias, a la *política interna* de los Estados y a la creciente *tensión bélica* acumulada en determinadas zonas del planeta.

La rivalidad continental entre Francia y Alemania, las ansias expansionistas de esta última y su competencia naval con Gran Bretaña, la tirantez de relaciones entre Austria-Hungría y Rusia por causa de los Balcanes, etcétera, mantenían en permanente ansiedad a las poblaciones de estos países y eran motivos que justificaban a ojos de la opinión pública el continuo incremento de los gastos militares y, en último extremo, la guerra.

Otras eran *causas de tipo económico*. Casi todas tenían su origen en la agudización de las tensiones provocadas por el crecimiento de las potencias imperialistas en las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX. Los Estados colonialistas habían tendido a establecer un circuito económico cerrado con sus colonias *(neomercantilismo)*. De ellas sacaban las materias primas baratas para el consumo y la industria y en ellas vertían buena parte de sus excedentes de capital, mano de obra y productos manufacturados.

El resultado de esta política fue una feroz competencia colonial primero y una guerra de aranceles después. Los mercados nacionales se cerraron cada vez más al exterior, autoabastecidos gracias a la política proteccionista impuesta por sus gobiernos.

En los cada vez más escasos mercados libres, la lucha entre las grandes empresas exportadoras arrastró a países enteros. La vitalidad y la competitividad de la industria alemana despertaba cada vez mayor irritación en los medios industriales y financieros de Londres y París. La expansión económica de los Estados Unidos y del Japón contribuía a cerrar mercados a los europeos. Y el fantasma de un ruinoso estrangulamiento del comercio mundial llevó a muchos a considerar las ventajas de una guerra que acabara con las economías rivales.

Finalmente, mucho menos visibles, pero no por ello menos importantes, estaban las *causas de orden psicológico e histórico*. Muchas estaban integradas en aspectos de

LA GUERRA EN EUROPA

Zonas ocupadas

Frentes especialmente activos o prolongados

NORUEGA
SUECIA
REINO UNIDO
DINAMARCA
HOLANDA
BELGICA
IMPERIO ALEMAN
IMPERIO RUSO
FRANCIA
SUIZA
IMPERIO AUSTRO-HUNGARO
PORTUGAL
ESPAÑA
ITALIA
RUMANIA
SERBIA
M.
BULGARIA
ALBANIA
GRECIA
IMPERIO OTOMANO

G. LLORENTE

Mapa de las zonas de Europa afectadas por la ocupación militar durante la Primera Guerra Mundial

Mujeres trabajando en una fábrica británica de obuses durante la Guerra Mundial

la vida cotidiana, se enseñaban en las escuelas, en los cuarteles, en las iglesias, y eran consideradas comúnmente virtudes saludables y dignas de estímulo. Pero la gran mayoría de ellas incluían peligrosos componentes que, llevados hasta ciertos límites, harían peligrar la existencia de aquella opulenta sociedad industrial y burguesa.

Señalaremos tres causas de orden psicológico. En primer lugar, el *nacionalismo*. Consustancial al ascenso de la burguesía europea durante el siglo XIX, había terminado por convertirse en una forma de *chauvinismo* excluyente y xenófobo. Cada país descubría en el estudio de su historia motivos de resentimientos y reivindicaciones frente a sus vecinos. Las minorías nacionales de Europa central y oriental —polacos, croatas, checos o rutenos— habían tomado lentamente conciencia de su propio ser nacional y sus ansias de autonomía producían cada vez mayores tensiones en el seno de los viejos Estados multinacionales que las cobijaban.

Y, a la vez, surgían corrientes de pensamiento que pretendían saltar las barreras fronterizas en busca de la unión de todos los europeos de origen germánico —*pangermanismo*— o eslavo —*paneslavismo*—. Unos y otros parecían dispuestos a valerse de la guerra para el logro de sus objetivos.

También cobraba creciente importancia el *militarismo*, doctrina que se asociaba a las formas más extremas del nacionalismo para incrementar la carrera de armamentos, favorecer la intromisión de los militares en la vida civil y apoyar la política de agresividad hacia los potenciales adversarios.

Y, por último, la propia *psicosis de guerra* suponía un fuerte estímulo para la activación del conflicto latente. Realmente, casi nadie quería que estallase. Pero, quienes podían, no hacían nada para impedirlo.

Antecedentes del conflicto

Todos consideraban la guerra como un hecho inevitable. La solución provisional de cada situación conflictiva —la crisis de Marruecos, las guerras balcánicas, etcétera— provocaba un suspiro general de alivio que era cortado casi de inmediato por la siguiente y más grave crisis.

Entre 1911 y 1914 la situación mundial empeoró a pasos agigantados. Se vivía una auténtica *guerra fría*. El atentado de Sarajevo fue el último espasmo de una lenta agonía.

El desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial tuvo el efecto de una extraña carambola. Un enfrentamiento entre dos Estados que en otras circunstancias hubiera sido rápidamente aislado o detenido mediante negociaciones, dio origen a una serie de declaraciones bilaterales de guerra que acabaron conformando las gigantescas dimensiones de la conflagración. Dada la complejidad de la política internacional de la época y la creciente sucesión de crisis que condujeron al conflicto europeo, se hace precisa una breve recapitulación sobre los antecedentes de la Gran Guerra.

Desde que en 1890 dejara Bismarck la Cancillería alemana, los países occidentales habían tendido hacia una bipolarización diplomática y militar que escindió en dos bloques a las potencias europeas. Por un lado, la *Triple Alianza* agrupaba a Alemania, Austria-Hungría e Italia desde 1892, con la adhesión de Rumania al año siguiente.

Frente a este bloque centroeuropeo, en su periferia, se habían ido tejiendo tres alianzas complementarias, que actuaban en forma de tenaza. Primero la alianza franco-rusa de 1892; luego, la *Entente Cordial* anglo-francesa, acordada en 1904. Cuatro años después, un acuerdo anglo-ruso completaba el círculo, formando así la *Triple Entente*. A ella se añadía el pacto anglo-japonés de 1902, que aseguraba a ambas potencias navales frente a la política expansionista de Alemania en el Pacífico.

Entre la formación de la Entente Cordial y el comienzo de la Guerra Mundial transcurrió una década llena de graves crisis, que sólo el mutuo temor entre ambos bloques evitó que se convirtiera en el esperado estallido bélico.

La crisis marroquí de 1905-1906 se saldó con la derrota diplomática de Alemania en la Conferencia de Algeciras y el reforzamiento de la reciente colaboración colonial entre franceses y británicos. A la vez, los planes de rearme naval germano forzaron al Reino Unido a buscar la alianza de japoneses y rusos.

En 1911, una nueva crisis norteafricana se pudo solucionar mediante la concesión de ciertas satisfacciones coloniales al Imperio alemán, pero, en cambio, sirvió para aproximar aún más las posiciones de la política exterior italiana a las de la Entente.

Sin embargo, el problema más espinoso de la época era el de los Balcanes, que a la larga actuaría como factor desencadenante de la guerra. El enfrentamiento del pequeño

Asesinato del archiduque Francisco Fernando y su esposa en Sarajevo, 28 de junio de 1914





Fijación de los edictos de movilización en Berlín en los primeros momentos de la guerra

reino de Serbia, que se consideraba destinado a unificar a los eslavos meridionales en una *Gran Serbia*, con el gigante austrohúngaro, opuesto a esta política que afectaba a su propia existencia, coincidía con la crisis general del Imperio otomano y el aumento de la presión rusa sobre la zona.

A partir de 1908, tras la *crisis de Bosnia*, se fueron clarificando las posiciones de los países comprometidos en la cuestión balcánica. Austria y Alemania iniciaron un progresivo acercamiento hacia Turquía que, tras la revolución de los *Jóvenes Turcos*, se volvía hacia las potencias centroeuropeas. A la vez, los alemanes tenían que ejercer toda su influencia para impedir que los austriacos —sus principales aliados— cruzasen el Danubio e invadiesen Serbia.

Por su parte, el Imperio ruso multiplicaba sus gestos amistosos hacia los eslavos del sur, invitándoles a expulsar a los turcos de Europa y dándoles seguridades frente a los apetitos territoriales de la Corte vienesa. El resultado de todo ello fue el acercamiento búlgaro-serbio y la formación de la Liga Balcánica de 1912, que derrotó a los otomanos en la *I Guerra Balcánica*.

Las disensiones surgidas entre los vencedores tras el *Tratado de Londres* supusieron un peldaño más en la escalada hacia la guerra continental. Bulgaria, respaldada por Austria, se opuso a las exigencias de Serbia, quien, a su vez, contaba con el apoyo ruso. El choque diplomático degeneró en conflicto armado, la *II Guerra Balcánica*, que unió a todos los Estados de la zona contra los búlgaros.

La *Paz de Bucarest* (agosto de 1913) redujo de forma humillante los límites de Bulgaria, pero no satisfizo a los serbios, que no lograron la pretendida salida al mar. Su resentimiento se volvió, una vez más, contra Austria. Y las sociedades secretas eslavas, protegidas por San Petersburgo y Belgrado, redoblaron sus actividades terroristas en favor de la independencia.

Alianzas

A comienzos de 1914 una intrincada red de alianzas se extendía, pues, sobre Europa, a la vez que un muro de recelos, cuando no de odios, separaba en dos bandos irreconciliables a buena parte de las naciones del Continente.

Alemania se veía forzada a apoyar la agresiva política del canciller austriaco Aehrenthal, aun a riesgo de un conflicto con los rusos. Al tiempo, elevaba el tono de su enfrentamiento militar, diplomático y económico con los países de la Entente. Y el Estado Mayor germano opinaba que retardar la inevitable guerra equivalía a facilitar el rearme francés y ruso.

Austria-Hungría, peligrosamente afectada en su unidad por la actitud nacionalista de sus minorías, tenía sobrados motivos para recelar de la preponderancia de Serbia en los Balcanes, así como de la política rusa, que hacía aparecer al Imperio zarista como

el campeón de los pueblos eslavos, desde el Báltico al Egeo.

Italia se mantenía aparentemente fiel a la Triple Alianza, pero desde 1902 había iniciado un lento viraje hacia la Entente. Ese año había resuelto su pleito colonial con Francia mediante un tratado que, además, garantizaba la recíproca neutralidad en caso de agresión de terceros. Esa garantía había sido revalidada en 1912 cuando Italia hizo efectiva la ocupación de Libia con el beneplácito de Francia.

Por otra parte, la actuación de Austria en los Balcanes molestaba extraordinariamente a los italianos, entre los que el *irredentismo* antiaustriaco constituía un sentimiento muy generalizado. A partir de 1909, un pacto secreto italo-ruso garantizaba el *statu quo* de la zona y alejaba, todavía más, a Italia de la órbita austro-alemana.

Por lo que respecta a las tres potencias de la Entente, *Gran Bretaña, Francia* y *Rusia,* su alianza era demasiado estrecha para impedir la generalización de un conflicto que afectase a uno de sus integrantes. Especialmente en el caso de franceses y rusos, ya que los británicos eran más proclives a la neutralidad, pues temían que, en caso de guerra, aumentase la influencia rusa en una zona tan estratégica como el Próximo Oriente.

Finalmente, los Estados balcánicos estaban prontos a lanzarse a una nueva guerra. Los *turcos* reforzaban su aproximación a la Triple Alianza y la presencia alemana en el Imperio otomano era cada vez mayor, al tiempo que aumentaba en su seno la hostilidad hacia el intervencionismo de británicos y rusos en Persia, Egipto, Arabia y otras regiones próximas a sus fronteras.

Los *búlgaros* buscaban un desquite que les permitiera resarcirse de sus graves pérdidas del año anterior. Los austriacos parecían decididos a reforzar los lazos con aquel pequeño país de menos de cinco millones de habitantes, tan estratégicamente situado a espaldas de Serbia.

Este reino y su vecina Rumania mantenían antiguos contenciosos frente al Imperio de los Habsburgos. Para *Serbia* la deseada unión de todos los eslavos balcánicos en torno a Belgrado pasaba por la desintegración de su rival del norte o, al menos, por la secesión de sus provincias meridionales: Croacia, Bosnia-Herzegovina y Dalmacia. *Rumania* consideraba parte integrante de su territorio la provincia húngara de Transilvania y la Bukovina, ocupadas por los austriacos dos siglos antes. Ambas, además, junto con *Montenegro* y *Grecia,* se habían opuesto a las ambiciones búlgaras en el verano de 1913 y resultaba lógica su alarma ante el eje Berlín-Viena-Sofía-Estambul, que ya se iba dibujando.

Así era la explosiva situación de Europa cuando el 28 de junio de 1914 el heredero de la Corona austro-húngara, Francisco Fernando, inició una visita a la ciudad bosnia de Sarajevo. El archiduque austriaco era considerado un decidido partidario de la descentralización del Imperio y de la concesión de ciertas libertades a sus súbditos eslavos.

A pesar de ello, o quizá por ello, era un blanco tentador para el terrorismo eslavo que fomentaban los servicios secretos ruso y serbio. Y ese día, a su paso por las calles de Sarajevo, Francisco Fernando y su mujer fueron asesinados en su automóvil por el estudiante bosnio Gavrilo Princip, miembro de la sociedad secreta *Mano Negra.*

La noticia conmocionó a Europa. En Austria comenzaron a alzarse voces acusando —parece ser que injustamente— a Serbia de haber guiado la mano del asesino. El Gobierno de Belgrado lo negaba, pero sus anteriores conexiones con el terrorismo eslavo eran demasiado evidentes. Y Viena se decidió a dar el paso que llevaba meditando largo tiempo.

Las declaraciones de guerra

En los días siguientes al atentado de Sarajevo, las cancillerías europeas registraron frenética actividad. El principal motivo de preocupación era la actitud que adoptaría el Gobierno ruso si los austriacos invadían Serbia.

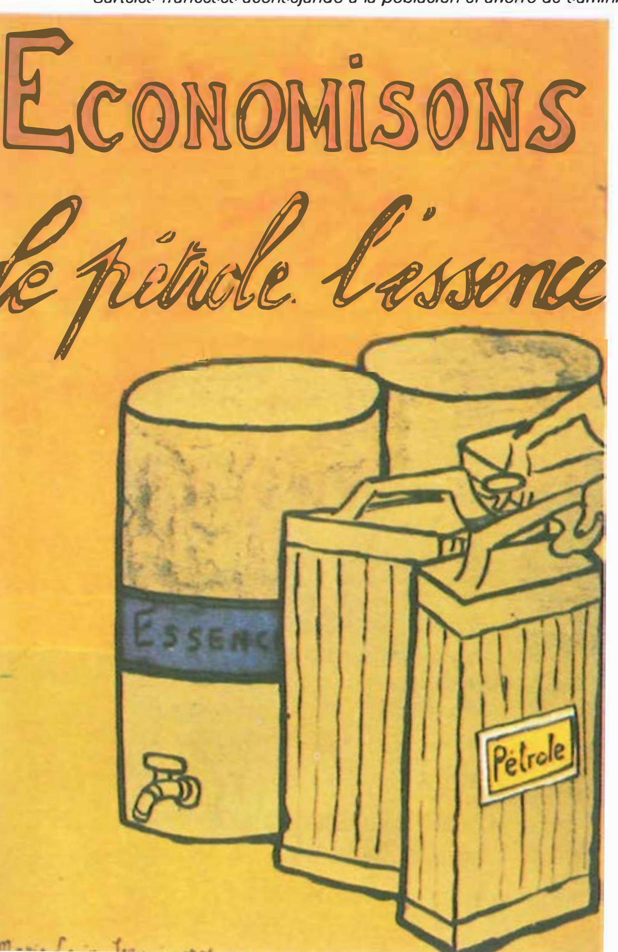
Francia y Alemania, que en otras ocasiones habían impedido el enfrentamiento entre sus respectivos aliados, no se movieron esta vez. Al contrario, una semana después del incidente, las autoridades alemanas expresaron su incondicional apoyo a las austriacas y las otorgaron *carta blanca* para actuar contra los serbios.

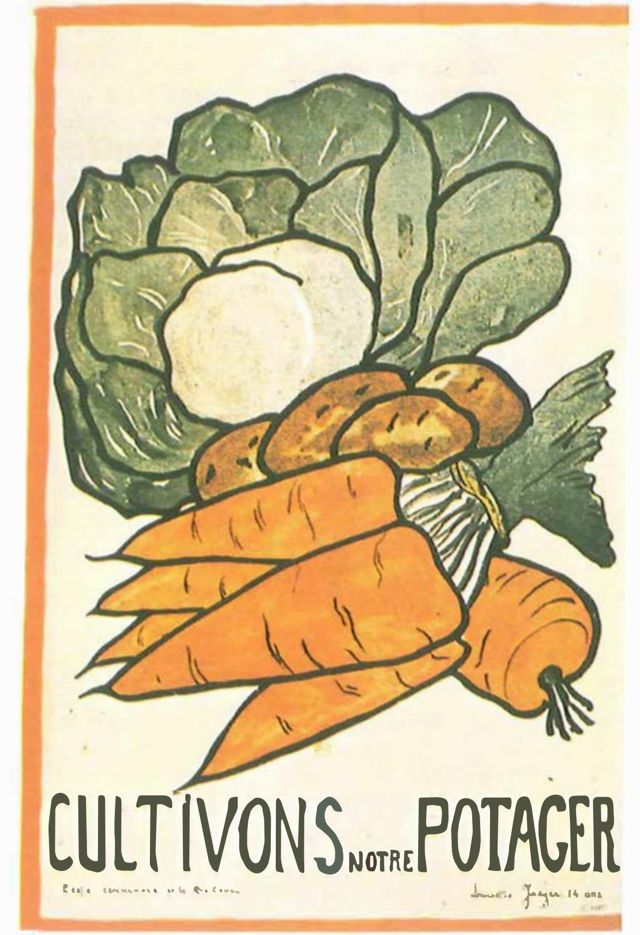
En realidad, ni el káiser Guillermo ni el canciller Bethmann-Hollweg creían que el zar fuera a comprometerse en una guerra con la Triple Alianza por defender a los *instigadores* del asesinato del archiduque.

Los franceses también actuaban en este sentido. El 20 de julio llegó a la capital rusa el jefe del Estado galo, Raymond Poincaré.

Salida de material bélico de una factoría alemana

Carteles franceses aconsejando a la población el ahorro de suministros





Entre brindis y agasajos tuvieron lugar intensas negociaciones políticas y el estadista francés dio nuevas seguridades a Nicolás II sobre la firmeza de la alianza entre sus dos países.

Tres días después, mientras Poincaré se despedía de sus anfitriones, el Gobierno austriaco presentó al de Belgrado un ultimátum. En él se exigía que Serbia dejase de amparar las actividades de los nacionalistas eslavos, que cerrase determinadas publicaciones que apoyaban esta postura y que permitiera la participación de la Policía y de la Justicia austriacas en la investigación y castigo de quienes, desde territorio serbio, se sospechaba que habían promovido el atentado.

El Gobierno serbio tenía un plazo de cuarenta y ocho horas para contestar afirmativamente. De no hacerlo, las tropas austrohúngaras cruzarían el Danubio.

Como era de esperar, Rusia reaccionó ante estas amenazas, que hacían peligrar su situación en los Balcanes. El día 25, a punto de expirar el plazo del ultimátum, el Consejo de Estado se reunió en la residencia imperial de Tsarkoje Selo y poco después el Gobierno ruso comunicó que no aceptaría intromisión alguna de los austriacos en Serbia.

Aparte de estos últimos —que confiaban en el respaldo alemán—, nadie parecía dispuesto a forzar la situación. Británicos y alemanes proponían negociaciones diplomáticas. Franceses y rusos consiguieron convencer a los serbios para que aceptaran todas las cláusulas del ultimátum, salvo una: la que hacía referencia a la intervención austriaca en la búsqueda y castigo de los culpables. En su lugar, los serbios propusieron un arbitraje del Tribunal de La Haya.

Mientras tanto, el plazo de cuarenta y ocho horas había concluido. Media hora después de recibir la contrapropuesta serbia, el Gobierno vienés retiraba a su embajador en Belgrado y ordenaba la movilización parcial de los reservistas. Ante esta actitud, el rey Pedro decretó la movilización total del ejército serbio.

De nada sirvieron las negociaciones de última hora ni los consejos del emperador Guillermo a su colega Francisco José para que esperase un poco. El 28 de julio de 1914 Austria-Hungría declaró la guerra a Serbia. Era lo que esperaba el zar ruso, que ordenó la inmediata incorporación a filas de los reservistas. Pocas horas antes el káiser había telegrafiado a su primo Nicolás:

Si Rusia moviliza contra Austria-Hungría, la misión de mediador que he aceptado ante tus insistentes ruegos se verá comprometida o quizá resulte imposible. Todo el peso de las decisiones que hay que tomar cae sobre tus hombros, que tendrán que soportar la responsabilidad de la guerra o de la paz.

Ante la movilización rusa, el jefe del Estado Mayor alemán, Helmuth von Moltke, aconsejó a su colega austriaco, Conrad von Hotzendorff, la movilización total. Al mismo tiempo, el canciller Bethmann-Hollweg enviaba sendos ultimátum a rusos y franceses. A los primeros, para que se estuvieran quietos; a los segundos, para que permanecieran neutrales en caso de un enfrentamiento ruso-alemán.

Los rusos tenían doce horas de plazo para contestar. A los franceses les concedía dieciocho y en caso de ser afirmativa su respuesta deberían entregar en garantía a los alemanes las fortalezas de Toul y Verdún, llaves del sistema defensivo galo. Si, por el contrario, la contestación era negativa, Francia debería atenerse a las consecuencias.

Las respuestas no llegaron. Y el día 1 de agosto Alemania declaró la guerra a Rusia. Cuarenta y ocho horas después procedió de igual manera con Francia. Ese mismo día, el 3 de agosto, los alemanes invadieron Bélgica. La Gran Bretaña, que hasta entonces se había negado a comprometerse en el conflicto, reaccionó ante el atropello de la neutralidad belga y declaró, a su vez, la guerra a Alemania.

La cadena de absurdas declaraciones de guerra, con todos los protagonistas ya afectados, se cerró en los días siguientes. El 6 de agosto Serbia entró en guerra con Alemania y Austria-Hungría con Rusia. Y el 11 y 12, respectivamente, Francia e Inglaterra declaraban la guerra a los austriacos. Para entonces ya se combatía en tres frentes.

Las fuerzas en presencia

Una vez desencadenadas las hostilidades, era vital para los *Imperios Centrales*, Alemania y Austria-Hungría, imprimir velocidad a sus acciones militares, derrotar a sus adversarios antes de que éstos pudiesen volcar en el conflicto todo su potencial humano y económico.

Alemania era un país densamente poblado en 1914: casi sesenta y siete millones



Población civil belga huyendo ante el avance alemán

de habitantes. Austria-Hungría, por su parte, sólo acogía a cincuenta en su extenso territorio. En 1915, con el Imperio otomano y Bulgaria en guerra al lado de los austroalemanes, la población de los Imperios Centrales se elevó a poco más de ciento cuarenta millones.

Enfrente, y pese a la escasa capacidad demográfica de países como Serbia y Montenegro, las potencias de la Entente casi duplicaban la población del enemigo; sólo el gigantesco Imperio ruso contaba con más de ciento sesenta y siete millones de habitantes. Y a partir de 1915, con las sucesivas entradas en guerra de Italia, Estados Unidos, China y otros países, esta desproporción se multiplicó.

Además, a esta superioridad continental había que sumar el desequilibrio demográfico de los imperios coloniales que habían levantado las diversas naciones beligerantes.

Austria-Hungría no poseía colonias y Alemania tenía unas pocas que, o bien eran muy pequeñas —caso de Togo o de la Oceanía alemana— o bien estaban escasamente pobladas, como el Camerún o la desértica Africa sudoriental. Por otra parte, el período de colonización, relativamente breve, imposibilitaba la utilización de grandes recursos coloniales. Finalmente, el desperdigamiento de aquellos territorios y la debilidad de la Marina alemana dificultaban su propia defensa.

Francia e Inglaterra eran, en cambio, las mayores potencias coloniales del globo. El Imperio británico comprendía el 23 por 100 de la población mundial y la de las colonias francesas superaba a la de la metrópoli. Ello equivalía a decir que los Imperios ultramarinos de la Entente —desde Canadá a Australia, desde el Senegal a Indochina— estarían en condiciones, si fuese necesario, de aportar una enorme masa de combatientes y un caudal de suminstros prácticamente inagotable para el consumo y la producción bélica de sus metrópolis.

En lo referente al potencial económico de los países en guerra, el desequilibrio, aunque importante, no era tan acentuado. Austria-Hungría distaba mucho de ser un país industrializado, pero tampoco lo eran Rusia y Serbia. Alemania, en cambio, sí lo era y constituía un temible rival económico para las otras potencias. En una industria tan vital como la del acero, por ejemplo, casi triplicaba la producción británica y dejaba reducida a una cantidad ridícula la francesa.

La superioridad naval de la Entente —108 acorazados y 169 cruceros frente a los 56 y 69, respectivamente, de los austro-alemanes— podía sofocar el activo comercio germano, pero resultaría mucho más difícil hacer lo mismo con su producción industrial. Aunque los campos petrolíferos del Caspio o de los Estados Unidos quedaban fuera de su alcance, las cuencas carboníferas del

Rhur y de la Alta Silesia aseguraban a Alemania un suministro energético en aceptables condiciones.

Por el contrario, la rápida ocupación alemana de Bélgica y de las zonas industriales y mineras del norte de Francia, privó a los aliados de un 80 por 100 del acero francés y del 90 por 100 de su producción de mineral de hierro, cargando así el peso de la guerra sobre la industria británica. La ayuda norteamericana a la Entente fue cada vez mayor, pero hasta su entrada en la guerra, en 1917, no se produjo un desequilibrio definitivo entre los dos sistemas económicos enfrentados.

En el aspecto puramente militar, y salvando la desproporción naval, se registró un cierto equilibrio en cuanto a hombres y equipos durante los primeros meses de la guerra; pero los alemanes llevaron una clara ventaja en los aspectos tácticos y estratégicos.

Las leyes de reclutamiento y movilización puestas a punto entre 1910 y 1913 aseguraban al ejército del káiser la inmediata incorporación de un contingente de ocho millones y medio de hombres. La amplitud de la red de ferrocarriles que cubría el Imperio aseguraba el rápido traslado de estos hombres hasta sus unidades, en las fronteras. El Estado Mayor lo había planeado todo con meticulosa escrupulosidad.

Frente a la perfección logística de sus aliados y la rapidez de su movilización, los austriacos demostraron estar mal preparados. Sus unidades de combate estaban pobremente armadas y la movilización de sus tres millones de reservistas fue lenta e incompleta.

Por su parte, los rusos sorprendieron al Alto Mando alemán por la rapidez de la movilización. Pero, de todas formas, las dimensiones del Imperio y las deficiencias de sus sistema de transportes sólo permitieron en los primeros meses la utilización de un tercio de las fuerzas previstas —apenas si se sobrepasaron los tres millones de hombres— y la carencia de artillería pesada restó eficacia a sus movimientos.

Los británicos ni siquiera se movilizaron, puesto que no tenían servicio militar obligatorio: recurrieron al alistamiento voluntario y enviaron un cuerpo expedicionario a Bélgica. Sin embargo, la flota, concienzudamente preparada por el primer lord del Almirantazgo, Winston S. Churchill, estaba lista para entrar en combate desde el primer momento.

En Francia, por último, existía una ley de servicio militar obligatorio por tres años desde 1913. Ello permitió que, pese a la inferioridad demográfica del país con respecto a Austria y Alemania, el Ejército francés fuera en un principio más numeroso que el austro-húngaro —unos tres millones y medio de combatientes—. Pese a lo cual, la movilización de reservistas se efectuó con mayor lentitud que la germana.

En lo referente al material, los alemanes partían con una cierta inferioridad en el frente occidental, pero eran muy superiores a los rusos. Los aliados contaban con 230 aviones, frente a los 174 de la aviación alemana; en cambio, en un arma que se revelaría esencial en los primeros momentos, la artillería pesada, la ventaja germana era abrumadora: unos 2.000 cañones frente a las 308 piezas con que contaba el Ejército francés.

Por último, y conforme se ha visto, la superioridad marítima estaba claramente del lado de la Entente. En el Mediterráneo, la flota francesa era muy superior a la de Austria-Hungría. La Armada alemana era una fuerza considerable, pero no podía compararse a la británica, que con sus poderosas unidades dominaba el Atlántico y el mar del Norte.

En resumen, las fuerzas estaban bastante equilibradas en agosto de 1914. Superioridad naval y numérica de la Entente; mayor capacidad de movimientos y superior potencia de fuego de los Imperios Centrales. Estos últimos carecían del apoyo de grandes imperios coloniales, pero formaban un bloque territorial compacto y coordinado frente a la diversidad de esfuerzos y a la discontinuidad del frente enemigo.

Pero estaba claro que la situación variaría con el tiempo. Para Alemania era fundamental actuar con rapidez. Moltke, el responsable de la estrategia alemana, se concedía un plazo de cinco o seis meses para ganar la guerra.

La guerra de movimientos

La línea de pensamiento imperante en los Estados Mayores de la época era la de la ofensiva a todo trance. Las campañas napoleónicas y las guerras desatadas por Bismarck habían demostrado que el triunfo era de quien atacaba antes y con mayores bríos. Para los austriacos y alemanes, además, el problema de combatir en tres fren-

Tropas belgas atrincheradas en el frente en una pausa del combate



Artillería serbia en los comienzos de la guerra

tes simultáneos era un estímulo para pasar a la ofensiva.

El Estado Mayor alemán llevaba mucho tiempo planificando la guerra. Su meticuloso plan tenía como base un rápido y masivo ataque a Francia a través de la neutral Bélgica, que en seis semanas debería abrir las puertas de París a los soldados del káiser. Mientras tanto, las divisiones situadas en el este deberían, junto con el grueso del Ejército austriaco, contener los primeros ataques de los rusos, cuya movilización creían los alemanes que sería muy lenta.

Tras la capitulación de Francia, los ejércitos de los Imperios Centrales se dirigirían contra el corazón del Imperio de los zares y al poco preparado Ejército ruso no le quedaría otra solución que rendirse. Para entonces, Austria-Hungría habría ocupado Serbia sin grandes problemas.

Franceses y rusos tenían también sus planes ofensivos. Pero apenas si estaban esbozados. Los franceses pensaban en un ataque en Lorena y en la región de las Ardenas, con eje central en la fortaleza de Metz. Los rusos se proponían invadir la Prusia oriental alemana y la Galitzia austriaca para eliminar el peligroso saliente que representaban sus provincias polacas.

Desde la victoria de 1871, el Estado Mayor alemán siempre había considerado la posibilidad de una nueva guerra con Francia. Por ello contaba permanentemente con un plan de operaciones que, en caso de conflicto, diese la iniciativa a los germanos y les procurara una rápida victoria.

A partir de la alianza franco-rusa de 1892 se hizo más acuciante la necesidad de un rápido triunfo en el oeste, antes de que los rusos concluyesen sus preparativos. El jefe del Estado Mayor, conde Alfred von Schlieffen, había elaborado un plan de operaciones que, a finales de 1905, confió a su sucesor, el general Moltke.

Considerando que la frontera francesa era una barrera prácticamente inexpugnable para sus ejércitos, Schlieffen proponía invadir Bélgica y Luxemburgo, que eran Estados neutrales, y desde allí atacar la desguarnecida frontera francesa. Mientras, otro grupo de ejércitos contendría la ofensiva francesa en Lorena y el *Landwehr* (ejército territorial) haría lo mismo en Alsacia. De esta manera se fijaría al grueso del Ejército galo lejos de la dirección principal del ataque alemán, que acabaría confluyendo sobre París en unas seis o siete semanas.

Moltke decidió atenerse al plan, pero cuando estalló la guerra no contaba con los efectivos necesarios para su ejecución exacta. Ello motivó algunas alteraciones que, como la división de los cuatro grupos de ejército en siete ejércitos independientes, iban a resultar de enorme importancia.

El frente occidental

El día 2 de agosto, cuando aún no existía un estado de guerra oficial entre Alemania y Francia, los alemanes ocuparon Luxemburgo. Al día siguiente, cuatro ejércitos germanos penetraron en Bélgica.

El pequeño Ejército belga, desbordado por un enemigo siete veces superior, se dispersó. Una parte se encerró en *Lieja*, donde resistió hasta el día 16; otro contingente se dirigió al sur para unirse a los franceses y al cuerpo expedicionario británico, y el núcleo principal de las tropas belgas se hizo fuerte en *Amberes*, que tuvo que capitular a los pocos días. A partir del 18, los alemanes se extendieron por Bélgica en dirección a la frontera francesa.

El comandante de las fuerzas francesas, general Joffre, actuaba de acuerdo con las directrices del *plan XVII* del Estado Mayor galo, que preveía una ofensiva sobre las posiciones alemanas de Alsacia y Lorena. No obstante, había desplazado a comienzos de agosto dos ejércitos, el IV y el V, a la frontera belga, con el fin de frenar el ataque del ala derecha del dispositivo germano.

La ofensiva francesa en Lorena, tras algunos éxitos iniciales, fue contenida ante Morhaguen y en sucesivos combates —*Ethe, Virton*, etcétera— también fue cortada en las Ardenas. Las tropas de Castelnau y de Langle de Cary, numéricamente superiores a las de Ruperto de Baviera y del *Kronprinz*, fracasaron cuantas veces se lanzaron al ataque. En Alsacia, tras la toma de *Mulhouse* el día 8, el I ejército francés de Dubail tuvo que retroceder ante el empuje del VII alemán, dirigido por von Heeringen.

La prioridad de las operaciones se trasladó entonces al frente belga, donde el I ejército (von Kluck), el II (von Bülow), el III (von Hausen) y el VI (duque de Würtemberg) —unos 750.000 hombres en total— avanzaban rápidamente tras la toma de. Lieja.

La *Batalla de las fronteras* fue breve. El 21 de agosto las tropas británicas del mariscal French y las francesas del general Lanrezac (V ejército) fueron arrolladas en campo raso entre Mons y Charleroi. Poco después los alemanes pisaban suelo francés.



Ametralladora alemana durante la batalla del Marne, agosto de 1914

Las tropas del káiser parecían próximas a cantar victoria. Pero a esas alturas el *plan Schlieffen* había comenzado a no cumplirse. Se había contenido a los franceses en Alsacia y Lorena y se había conquistado Bélgica. Pero el Ejército francés no se había concentrado exclusivamente en el este, sino que se había extendido previsoramente hacia la frontera belga y, aunque a la defensiva, conservaba su capacidad de maniobra en el centro.

Los planes iniciales del Joffre habían fracasado, pero todavía no se había perdido todo. Como escribía a Poincaré: *Estamos condenados a mantenernos a la defensiva, apoyándonos en nuestras plazas fuertes y en los grandes obstáculos del terreno.* Se imponía resistir y desgastar el empuje del enemigo. Para llegar a esa conclusión, Francia había tenido que pagar el terrible precio de 300.000 hombres caídos en el frente.

Toda la maquinaria bélica francesa se preparó para contener la ofensiva sobre su territorio. Dando pruebas de sorprendente vitalidad, el Ejército improvisó nuevos medios logísticos. El general Joseph Gallieni, gobernador de París, dispuso a la ciudad para resistir un asedio. Joffre empleó el ferrocarril para transportar rápidamente tropas desde el este hacia el centro. Un nuevo ejército, formado por 11 divisiones de reservistas, se puso al mando del general Maunourny, dispuesto a taponar brechas.

Los franceses se retiraban escalonadamente. El 24 de agosto, Joffre fijó la línea defensiva entre Amiens y Verdún, pero una retirada apresurada de los británicos en el Somme obligó a un nuevo repliegue del ala izquierda. La resistencia de la plaza de *Maubege* y una victoria defensiva conseguida por los franceses en *Guisa* el 29 de agosto retardaron el avance alemán y facilitaron el repliegue.

El 1 de septiembre las tropas de von Kluck franquearon el Aisne. Joffre ordenó una nueva retirada. París estaba amenazada y el Gobierno se retiró a Burdeos.

Y entonces se produjo el *milagro del Marne.* Según las directrices del *plan Schlieffen,* el ala derecha alemana debiera haberse aproximado a París por el oeste. Pero, en vez de hacerlo así, se desvió hacia la izquierda del dispositivo central francés, siguiendo las instrucciones de Moltke de *empujar a los franceses lejos de París, en dirección al sudeste.* Von Kluck se introducía así peligrosamente en las líneas enemigas, puesto que, a su izquierda, von Bülow estaba muy retrasado.

El día 4 las tropas de la guarnición de París y los reservistas de Maunourny lanzaron un contraataque. Joffre había conseguido reunir 30 divisiones en su ala izquierda, frente a las 20 con que los alemanes amenazaban la capital, y desencadenó una ofensiva general sobre el río Marne.



Nicolás II de Rusia

Mapas de los países que participaron en la Primera Guerra Mundial y de sus colonias

Uniformes de infantería de los principales países beligerantes en 1914 (abajo, izquierda). El general alemán Von Kluck

CANADA
ESTADOS UNIDOS
CUBA
H.
R.D.
ECUADOR
PERU
BRASIL
BOLIV.

PAISES BELIGERANTES (1914-1918)

Aliados

Imperios centrales

Países neutrales

IMPERIO RUSO
REINO UNIDO
ALEMANIA
FRANCIA
A.H.
ITALIA
PORT.
IMP. OTOM.
MONGOLIA
CHINA
JAPON
TIBET
INDIA BRITANICA
SIAM
AUSTRALIA

Los ataques franceses por las alas no rompieron el frente alemán, pero detuvieron su avance y a partir del día 7 los germanos pasaron a la defensiva. Von Kluck tuvo que repasar apresuradamente el río. Con ello dejaba un hueco entre sus tropas y las de Bülow, circunstancia que aprovechó Maunourny para profundizar en las líneas alemanas.

A la vez, el V ejército alemán, dirigido por el *kromprinz*, fracasaba en su ofensiva sobre Verdún, pese a su superioridad artillera, y en el extremo derecho de su dispositivo, en Lorena, los franceses contenían también los ataques del VI ejército germano.

El día 10, Moltke, que había cometido el error de enviar varias divisiones al frente ruso, se dio por vencido y ordenó el repliegue general sobre el Aisne. El frente, estabi-



lizado el día 17, se alejaba definitivamente de París. Y en octubre cesaba la amenaza alemana sobre Verdún.

Las consecuencias de la *batalla del Marne* fueron importantísimas. La ofensiva-relámpago alemana fracasó; los franceses se afianzaron en sus posiciones defensivas; el frente se inmovilizó desde la frontera suiza hasta el Aisne y ya no conocería grandes alteraciones en los tres años siguientes. Moltke, que se había mostrado excesivamente prudente, fue sustituido por el general Erich Falkenhayn al frente del Estado Mayor imperial.

La batalla había demostrado lo que iba a ser la guerra de desgaste. Se acabaron las brillantes cargas a la bayoneta, que fueron sustituidas por la sucia guerra de las trincheras. Las municiones de artillería se agotaron repetidas veces y las pérdidas en hombres acabaron siendo un factor determinante en la retirada alemana.

Todavía en el mes de noviembre de 1914 intentó Falkenhayn —a quien se le agotaban los seis meses de plazo para triunfar en el frente occidental— romper las líneas enemigas y proseguir la ofensiva. Para ello escogió un amplio sector de unos 100 kilómetros entre la frontera belga y el Aisne.

La que se denominó *carrera hacia el mar* consistió en una serie de breves y sangrientas batallas mediante las cuales los alemanes intentaron arrollar a los belgas y británicos que defendían la región y llegar de esa manera a los puertos del canal de la Mancha. De haberlo conseguido, París se hubiera visto amenazada de nuevo.

Entre el 14 y el 17 de noviembre, von Kluck lanzó sus tropas al ataque. A finales de mes, el Alto Mando ordenó detener aquella sangrienta ofensiva, que se había estrellado contra los alambres de espino, los pantanos y la tenacidad de los *Royal Fusiliers* británicos y de los soldados belgas.

El frente oriental

De este modo, al terminar el primer año de guerra, los alemanes habían penetrado profundamente en Francia, pero tras la batalla del Marne su ofensiva había sido detenida. Una larga línea de trincheras iba a señalar los frentes, prácticamente inmóviles hasta 1918.

El Estado Mayor ruso cifraba en dos meses el tiempo necesario para movilizar todas las reservas. Pero no atacar antes suponía dejar plena libertad a los alemanes para actuar en el oeste, con el riesgo que ello suponía para sus aliados franceses. En consecuencia, el generalísimo ruso, gran duque Nicolás, lanzó una doble ofensiva contra austriacos y alemanes a finales de agosto.

Los rusos lanzaron una masa de nueve cuerpos de ejército sobre Prusia oriental. Pero no tenían apenas artillería y no contaban con reservas. El ataque cogió por sorpresa a los alemanes, que no esperaban una reacción tan rápida del ejército zarista. El 20 de agosto, el VIII ejército del general von Prittwitz fue derrotado en *Gümbinnen* por el ruso Rennenkampf y la doble ofensiva —por el sur atacaba otro ejército mandado por Samsonov— se introdujo profundamente en territorio prusiano. Alarmado, Moltke trasladó rápidamente varias divisiones desde el frente francés, facilitando así la victoria de Joffre en el Marne.

El sucesor de Prittwitz, Paul von Hindenburg, pasó a la contraofensiva con esos refuerzos. Entre los días 26 y 31 de agosto las 13 divisiones a su mando cercaron a las diez de Samsonov en *Tanenberg*. Unas 150 baterías machacaron a placer a los rusos, que dejaron en poder de los alemanes cerca de 92.000 prisioneros. El propio Samsonov se suicidó.

Poco después, en los *lagos Masurianos*, Hindenburg derrotaba a Rennenkampf, al que obligó a abandonar Prusia. Aun así, el Ejército ruso conservaba gran parte de su poder, que se incrementó cuando las reservas estuvieron disponibles.

Al sur, en el frente de Galitzia, los rusos profundizaron con rapidez tras contener un débil ataque austriaco. Las divisiones austro-húngaras fueron derrotadas en *Lemberg* y *Rava Russka* y 12.000 austriacos fueron sitiados en *Przemysl*.

A comienzos de noviembre las vanguardias rusas llegaron al paso de Uszok, en los Cárpatos, llave de la llanura húngara. Por un instante pareció que la caballería zarista iba a lanzarse en dirección a Budapest, provocando así el colapso de Austria-Hungría. Pero las graves pérdidas sufridas por los rusos en su avance y la reorganización de sus adversarios —que recibieron refuerzos del frente serbio— impidieron la explotación del éxito.

Además, en Polonia las fuerzas austro-alemanas habían profundizado a finales de año varios kilómetros en territorio ruso, en dirección a Varsovia, y amenazaban por el norte el frente de Galitzia.



Artillería turca camino del frente

En el sur, los austro-húngaros se habían lanzado el 12 de agosto contra Serbia. Pero el Estado Mayor vienés había tardado demasiado en movilizar a sus tropas y había dado tiempo a que los serbios reuniesen unos 300.000 combatientes, a los que se unía el pequeño ejército de sus aliados montenegrinos. Estas fuerzas contuvieron la mal coordinada ofensiva de los austriacos y luego contraatacaron. Al terminar el primer mes de guerra, varios distritos del sur del Imperio estaban en poder de los serbios.

Ocupados en detener la peligrosa ofensiva rusa, los generales austriacos no pudieron disponer la vuelta al frente danubiano de su II ejército hasta finales de noviembre. El día 2 de diciembre los imperiales ocuparon Belgrado y luego desencadenaron una ofensiva contra el interior de Serbia. Pero una semana después los invasores sufrieron una aparatosa derrota en el macizo de *Rudnik* y perdieron más de 100.000 hombres. A finales de año los serbios habían recuperado su capital y, ante el asombro del mundo, ocupaban las posiciones de partida.

Los frentes extraeuropeos

La guerra no se limitó a los territorios metropolitanos de los Estados europeos beligerantes. También afectó, como era lógico, a sus colonias y dependencias. Pero, a la vez, motivó la intervención armada de un número creciente de países asiáticos y americanos.

Los alemanes sufrieron pronto los inconvenientes de la dispersión de sus colonias y de la debilidad de su Marina frente a las flotas de la Entente. En Africa, donde se concentraba el grueso de sus posesiones, éstas se encontraban totalmente rodeadas de territorios enemigos y separadas entre sí por grandes distancias. Aun así, las guarniciones germanas ofrecieron generalmente una tenaz resistencia y mostraron una asombrosa capacidad de adaptación a las exigencias del terreno.

De manera que, si bien Togo cayó en poder de los aliados durante los primeros días de la guerra, el Africa del sudoeste y el Camerún resistieron hasta el verano de 1915 y enero de 1916, respectivamente, y el Africa oriental alemana no pudo ser totalmente dominada por las tropas anglobelgas hasta la terminación de la contienda.

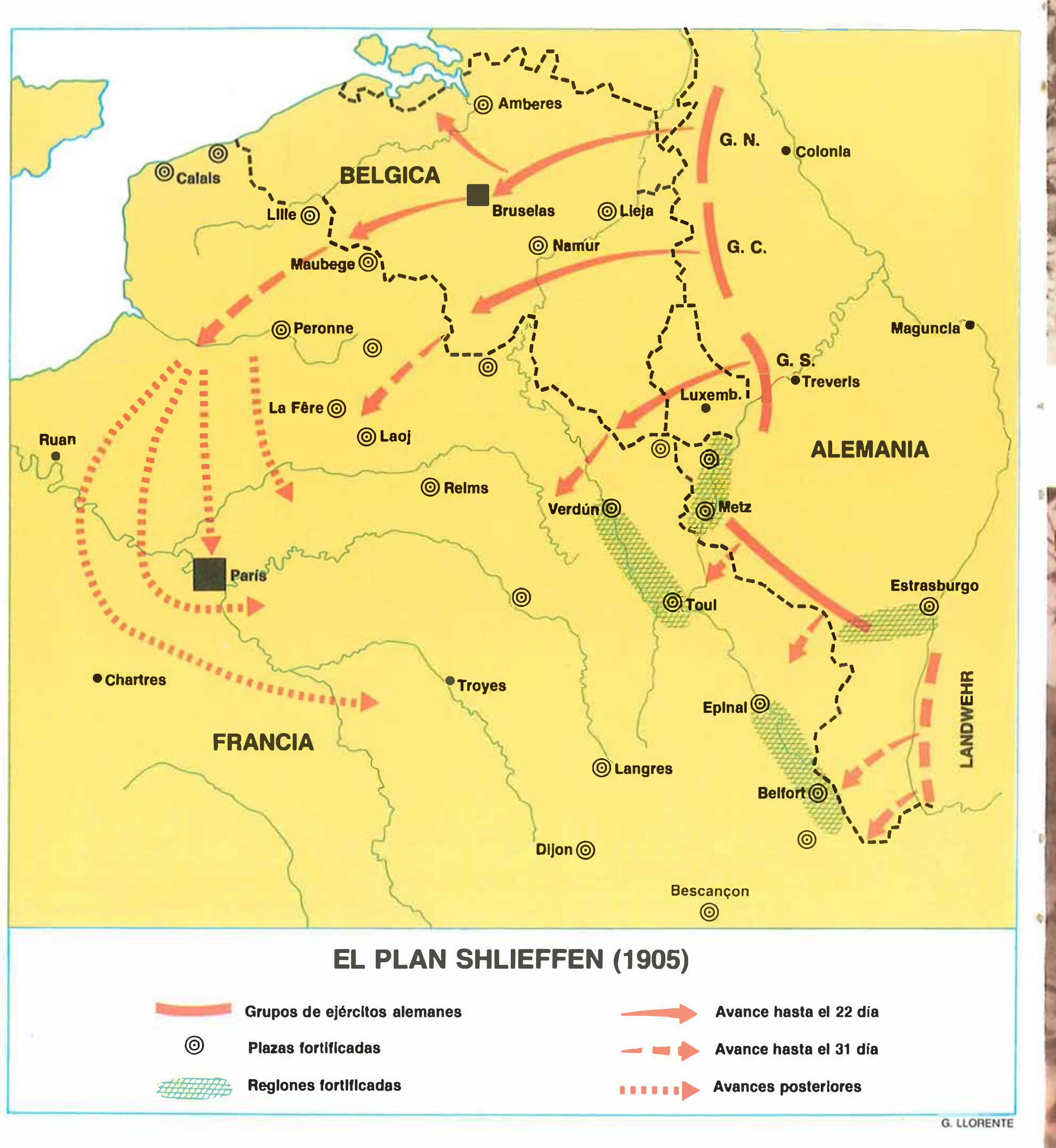
A pesar de ello, tales esfuerzos resultaron inútiles. Las colonias alemanas no pudieron aportar ningún tipo de ayuda al esfuerzo bélico de la metrópoli y las fuerzas aliadas fijadas en el frente africano representaron una ínfima parte de las que se movilizaron en todo el orbe colonial.

La lucha por las posesiones alemanas en el Pacífico revistió un carácter diferente, por cuanto implicó la entrada de un tercero, el Japón, en el conflicto que afectaba a las naciones europeas.

Los japoneses esgrimieron para justificar su intervención el vigente pacto defensivo de 1902, firmado con la Gran Bretaña. Ello les ofrecía una oportuna coartada para extender sus dominios a costa del débil poder alemán en Asia y Oceanía.

Tal ayuda no podía dejar de ser mirada, sin embargo, con profundo recelo, tanto por los británicos, australianos y neozelandeses como por los rusos y por los norteamericanos, cuyas posesiones en Filipinas y Guam podían quedar rodeadas por una potencia con fuerte implantación en aquella zona. Además, la posibilidad de que los nipones se hicieran con el enclave chino de Tsingtao o con los archipiélagos del Pacífico no era lo único que inquietaba a sus aliados: más peligroso podía ser el aumento de su influencia en la joven República china.

Así que cuando, tras declarar la guerra a Alemania el 23 de agosto, el Japón comenzó a atacar a las pequeñas guarniciones germanas en el Pacífico, australianos y neozelandeses se apresuraron a ocupar las colo-



Cartel de propaganda del cuerpo expedicionario británico en Francia, 1914



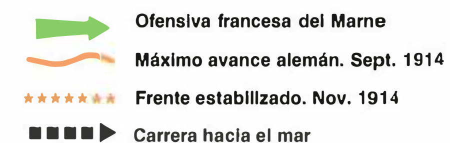
Tropas austro-húngaras atacando una aldea serbia en diciembre de 1914



Amberes
BELGICA
Calais
Bruselas
Lieja
Mosa
Lille
Mons
Charleroy
Amiens
Somme
Peronne
Mosela
ALEMANIA
Luxemburgo
La Fére
Laon
Aisne
Reims
Verdún
Metz
Marne
París
Meaux
Vitry
Toul
Estrasburgo
Rin
Chartres
Sena
FRANCIA
Belfort
Dijon
Besançon
I II III IV V VI VII
1 2 3 4 5

EL AVANCE ALEMAN EN EL OESTE Y LA BATALLA DEL MARNE





G. LLORENTE

nias enemigas más próximas a sus territorios. Ello impidió que la Samoa alemana, el archipiélago de las Bismarck y la tierra del emperador Guillermo (Nueva Guinea) cayeran en poder de las tropas del Mikado.

En la costa china, los japoneses sometieron a un duro asedio al puerto de *Tsingtao,* base de la concesión alemana de Kiaochow, cuya guarnición se rindió en noviembre de 1914. Con ello quedaba expedito el camino para la penetración diplomática y económica del Japón en territorio chino.

Aprovechando los apuros de sus competidores británicos y rusos en Europa, el Gobierno de Tokio presentó a su homólogo chino, en enero de 1915, un documento conocido como las *Veintiuna Demandas,* que en realidad era un ultimátum formal al Gobierno de Pekín para que se colocase bajo su protectorado. Su aceptación por el dictador Yuan Che-kai iba a abrir una nueva era en las relaciones internacionales del Extremo Oriente.

A partir de entonces el Japón pareció desentenderse de la guerra. Las esperanzas puestas por sus aliados en el envío de un numeroso cuerpo expedicionario nipón al frente europeo se vieron pronto defraudadas. Salvo una limitada colaboración naval en la lucha antisubmarina desde 1917, los japoneses no volvieron a sentir interés por el conflicto hasta que, llegada la paz, se sentaron en Versalles a negociar su botín.

En el otro extremo de Asia, en el Imperio otomano, los grupos dirigentes tardaron más que los japoneses en decidirse a entrar en la guerra. La germanofilia del Gobierno de los *Jóvenes Turcos* era tan evidente como el hecho de que su Ejército estuviera siendo entrenado y armado, desde finales del año anterior, por una misión militar alemana dirigida por el general Liman von Sanders.

Sin embargo, el Imperio había salido agotado de las guerras balcánicas y existía el temor de que, en el caso de vencer las potencias de la Entente, desmembraran y se repartieran el viejo Estado otomano.

Finalmente, la presión del *hombre fuerte* del régimen, Enver Pachá, acabó por decantar la situación en favor de la entrada en guerra de Turquía. Ya el 2 de agosto se había firmado un pacto defensivo secreto con los alemanes. Los Estrechos fueron cerrados al paso de los vitales suministros anglo-franceses para Rusia. Y cuando, poco después, dos cruceros alemanes a quienes la guerra había sorprendido en el Mediterráneo, el *Goeben* y el *Breslau,* se refugiaron en el puerto de Estambul, los turcos se negaron a entregárselos a los aliados, pese a que aún mantenían su neutralidad.

Fue la presencia de estos dos buques en la capital otomana la que determinó la entrada de Turquía en la guerra. Cedidos nominalmente a los turcos, pero conservando sus tripulaciones alemanas, el *Goeben* y el *Breslau* se internaron en el mar Negro y hundieron un buque ruso. A esta agresión siguió el bombardeo de los puertos de Odesa y Sebastopol. A las potencias de la Entente no les quedaba más remedio que darse por enteradas de la actitud turca y el 2 de noviembre Inglaterra y el 5 Francia declararon la guerra al sultán. A finales de año los otomanos combatían a los rusos en el Cáucaso y a los británicos en el Sinaí.

La guerra de posiciones (1915-16)

Hasta los observadores más optimistas y patrioteros podían darse cuenta, a comienzos de 1915, de que la guerra se iba a prolongar por un tiempo indefinido, mucho más de lo que los altos mandos habían previsto en sus cálculos iniciales. La frase *la guerra será larga* se convirtió, de pronto, en una opresiva obsesión para millones de europeos.

Durante más de dos años, hasta los cruciales acontecimientos de 1917, los frentes evolucionaron muy lentamente o permanecieron casi estacionarios. Incluso allí donde la entrada de nuevos contendientes permitió una mayor movilidad —caso de los Alpes o de los Balcanes— las líneas terminaron estacionándose tarde o temprano, como si el empuje de las ofensivas las hubiera agotado por sí solo.

Durante esta etapa de *guerra de posiciones,* ambos bandos desarrollaron una estrategia definida principalmente por la carencia de objetivos a largo plazo en la mayor parte de sus movimientos, así como por los fracasados intentos de coordinar la actividad de los diversos frentes.

Así, a lo largo de 1915 se planteó por ambas partes lo que Marc Ferro llama *la estrategia de punto débil.* Convencidos de la inutilidad de grandes operaciones en frentes ya consolidados el año anterior, los contendientes se limitaron a desencadenar en ellos cortas y sangrientas ofensivas; especialmente en Francia, ya que en Rusia, como veremos más adelante, los alemanes

La vía sagrada de Verdún en 1916



realizaron una importante penetración antes de ser frenados por los rusos.

Los Estados Mayores buscaron, pues, una solución a este *impasse* en la apertura de teatros de operaciones en los que hasta entonces no se habían jugado bazas importantes.

Los franco-británicos buscaron mediante un desembarco en la región turca de los Dardanelos la reapertura de los suministros a Rusia, mientras que otro desembarco británico en el sur de Mesopotamia pretendía aliviar a las tropas del zar en el frente del Cáucaso. La doble maniobra, que debía colapsar además al Imperio otomano y sacarlo de la guerra, fue un rotundo fracaso. También lo fue, aunque menos visible, la esperada entrada en guerra de Italia al lado de la Entente.

Por su parte, los austro-alemanes se emplearon a fondo en los Balcanes y, con la ayuda de los búlgaros, invadieron Serbia y se extendieron por la península. Sin embargo, la intervención aliada en Grecia permitió la estabilización del frente macedónico, contribuyendo así a incrementar el alcance del cerco a los Imperios Centrales.

Fracasados los intentos de desequilibrar al adversario mediante el ataque a sus pretendidos *puntos débiles*, el año 1916 contempló una renovada actividad en los frentes francés y ruso. Los alemanes, que en el año anterior habían realizado importantes avances en este último, se vieron detenidos por la resistencia del adversario. Además, tuvieron que lanzarse en apoyo de sus aliados austriacos, amenazados primero por la entrada en guerra de Rumania y luego por la briosa ofensiva del general Brusilov en la Polonia meridional.

En el frente occidental, el fracaso de la ofensiva autriaca contra los italianos en el Alto Adigio y la amenaza de un ataque masivo del enemigo en el norte de Francia empujaron a Falkenhayn a comprometer parte de sus efectivos en territorio galo en una ofensiva sobre la fortaleza de Verdún que, además de no lograr sus objetivos, se convirtió en una gigantesca carnicería. Poco después fracasaba también la proyectada ofensiva anglo-francesa en el *Somme* y el frente quedaba nuevamente estabilizado.

Durante el bienio 1915-16, la guerra se convirtió en lo que ya preludiara la batalla del *Marne:* una sucesión de sangrientos duelos de artillería seguidos por masivos y suicidas ataques de la infantería a las posiciones del enemigo. El empleo de esta táctica permitía la conquista de algunos kilómetros, a veces de unos centenares de metros, que podían perderse en la siguiente contraofensiva. Sólo en el frente ruso tenían a veces una cierta continuidad.

Este tipo de guerra, unido al empleo de armas nuevas como los gases venenosos —utilizados por primera vez por los alemanes en abril de 1915— o los tanques, contribuyeron a agigantar las dimensiones de la masacre. La entrada en guerra de nuevos países agregó más víctimas y contribuyó a alejar la posibilidad de un final rápido de las hostilidades.

Las naciones beligerantes acompasaron su vida a la voraz inmovilidad de los frentes que alimentaban. La guerra económica, con sus secuelas de carestía y racionamiento, vino a añadir un nuevo aspecto a la conflagración. Millones de europeos se vieron sometidos a un régimen de ocupación militar mientras el hambre hacía presa en regiones enteras. La guerra submarina, decretada por Alemania, agregó nuevos horrores a este cuadro. Tales eran los vientos que preparaban el huracán revolucionario que iba a sacudir Europa entre 1917 y 1921.

Veamos a continuación, de forma más detenida, la evolución de las principales operaciones registradas en los frentes de batalla en 1915-16.

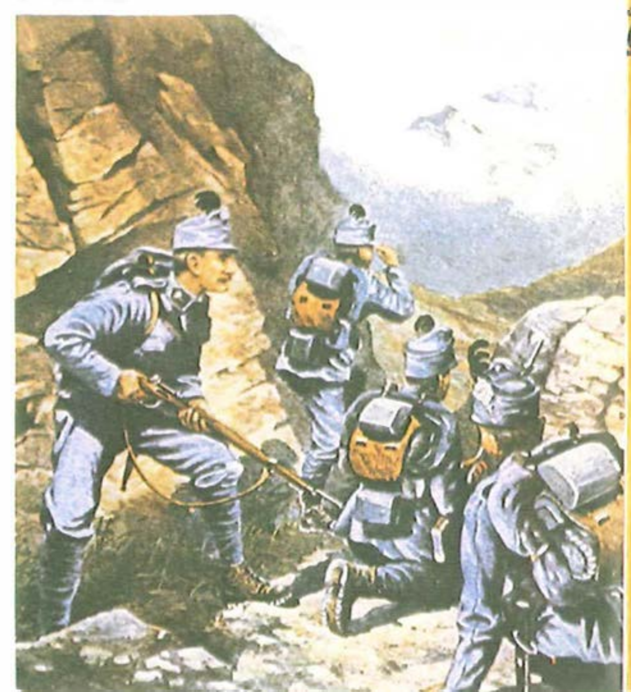
El frente occidental

Los combates de 1914 en el norte de Francia habían agotado el empuje de la ofensiva alemana, a la vez que había afianzado en los franceses la convicción de que una guerra defensiva y de desgaste era, por el momento, la mejor respuesta al empuje teutónico. De esta doble realidad, unida a la cada vez mayor cantidad y calidad del armamento, surgió la *guerra de trincheras,* en la que sólo eran posibles las ofensivas parciales con objetivos temporal y espacialmente limitados. La ruptura del frente enemigo en algún punto que facilitase su

Camuflaje de un cañón británico en el frente francés

Mapa sobre los movimientos del frente italo-austríaco entre 1915 y 1918

Tropas alpinas austríacas en el frente italiano





EL FRENTE ITALIANO (1915-1918)

envolvimiento se convirtió en una obsesión para los Estados Mayores.

En Francia, durante todo el año 1915 y hasta los inicios de la batalla de *Verdún* —febrero de 1916— las principales iniciativas partieron de los franco-británicos, limitándose los alemanes a algún contraataque poco ambicioso. Falkenhayn tenía puesto todo su empeño en derrumbar el frente ruso y de ahí que adoptase en el francés una actitud defensiva, que le permitiera defender una línea fortificada con pocas tropas mientras enviaba las restantes al este. Una vez vencidos los rusos, sería el momento de volcarse sobre Francia.

Joffre, por su parte, basaba su estrategia en la ruptura de las alas de la media luna convexa que formaba el frente alemán. Ello

suponía la utilización de una enorme fuerza artillera y el empleo de grandes masas de combatientes, lo que iba a dar a las operaciones un carácter mucho más sangriento del que había tenido hasta entonces.

A lo largo de 1915, franceses y británicos lanzaron tres fuertes ataques en ambos extremos del arco, las regiones de Champaña y Artois. Entre el 20 de diciembre y el 30 de enero, Joffre intentó romper el frente enemigo en *Champaña*, intento que repitió entre el 16 de febrero y el 17 de marzo. La operación, costosísima en vidas, no logró cubrir sus objetivos, estorbada por el barro, las alambradas y los fatales errores de tiro de la propia artillería atacante.

Durante el mes de mayo, y hasta mediados de junio, franceses y británicos lanzaron otra ofensiva en el *Artois*, en el extremo norte del frente. Pero, a pesar de sus esperanzadores comienzos —allí destacó un maduro general llamado Philippe Pétain—, el ataque fracasó al no haber podido reducir el saliente alemán de *Neuve Chapelle* y haberse agotado las reservas disponibles por los atacantes. Al concluir la ofensiva, los franceses habían perdido 102.000 hombres; los defensores alemanes, ni siquiera la mitad.

A pesar de ello, Joffre insistía en su táctica. Los objetivos fallidos en el invierno y en la primavera convergieron en los planes del Alto Mando aliado en el otoño siguiente. En septiembre, los franceses desencadenaron un ataque simultáneo en *Champaña* y en *Artois*. Una vez *perforado* el frente por los dos sitios, seguiría una ofensiva general que obligaría a las tropas del káiser a retirarse tras el río Mosa.

El 25 de septiembre, previo un bombardeo de setenta y cinco horas a cargo de 900 cañones pesados, las tropas del general Castelnau atacaron al III ejército alemán en Champaña. Los germanos cedieron ante la enérgica carga del adversario, pero se replegaron a una segunda línea previamente fortificada, donde detuvieron a los franceses. A los tres días de su comienzo, la ofensiva se paralizó.

La ofensiva en Artois, iniciada también el día 25, revistió características aún más graves para los franceses, ya que carecían prácticamente de artillería pesada y se vieron obligados a atacar a pecho descubierto. La falta de coordinación entre el I ejército británico de Haig y las fuerzas francesas que atacaban a su derecha contribuyó a empeorar las cosas. Pese al empleo de refuerzos y a la utilización de gas en el ataque, los británicos fueron detenidos en *Loos* y los franceses no lograron superar *Vimy*.

Al finalizar el año, los jefes aliados podían hacer un balance bastante negativo de su actuación. Pese a sus tenaces ofensivas, no habían hecho retroceder las líneas enemigas de un modo apreciable. Además, las pérdidas humanas comenzaban a ser importantes.

En el curso del año 1915, los franco-británicos habían sufrido casi dos millones de bajas, de las que unas cuatrocientas mil correspondían a muertos en combate. Las bajas de los alemanes, que también habían pagado un alto precio por su defensiva, se aproximaban a las novecientas mil.

En 1915 el frente occidental se amplió con la entrada de Italia en guerra. Al iniciarse el conflicto, el Gobierno italiano se había declarado neutral. No obstante, sus diplomáticos habían comenzado a tantear el terreno en ambos bandos con vistas a una intervención en las mejores condiciones posibles.

Las negociaciones con los Imperios Centrales no dieron el fruto esperado. Pese a las presiones alemanas, los autriacos se negaban a entregar el Trentino y sólo ofrecían dejar manos libres a los italianos en Albania. Además, el Gobierno Salandra reivindicaba para Italia grandes zonas de la Anatolia turca, lo que contribuía a cerrar cualquier posible vía de negociación.

En cambio, los aliados estaban en condiciones de hacer todas las promesas necesarias a costa del territorio de sus enemigos. El 26 de abril de 1915 se firmó en Londres un pacto secreto por el que, a cambio de la cesión de varias provincias austriacas y de compensaciones en Asia Menor y en Africa, los italianos se comprometían a entrar en guerra en el plazo de un mes.

En mayo, y una vez vencida la resistencia de los sectores pacifistas que encabezaba Giolitti, el Gobierno italiano denunció el pacto de la Triple Alianza —que todavía le vinculaba militarmente a los austro-alemanes— y declaró la guerra a sus antiguos aliados.

El Ejército italiano, que mandaba el general Cadorna, era relativamente numeroso, pero estaba pobremente armado y carecía de experiencia en el combate. En cambio, los austriacos disponían de tropas fogueadas por dos años de guerra y habían mejorado en este tiempo muy notablemente su organización militar.



Parisinos haciendo cola para obtener su ración de azúcar

La ofensiva italiana no encontró mucha resistencia en un principio, y consiguió profundizar algunos kilómetros en suelo austro-húngaro, pero en cuanto el enemigo pudo disponer de refuerzos y establecer un dispositivo de defensa, se detuvo.

El ataque italiano sobre el río *Isonzo* y las estribaciones del *Carso*, que había permitido la caída de Montefalcone el 9 de junio, se estancó y algunas plazas importantes como Gorizia aún resistían a final de año. En pocos meses los italianos perdieron cerca de un cuarto de millón de hombres.

Verdún

Vista la falta de coordinación de las operaciones en el año anterior —que había sido causa de repetidos fracasos—, los responsables militares aliados decidieron ponerse de acuerdo para iniciar una acción conjunta a lo largo de 1916.

La *Conferencia de Chantilly*, reunida en diciembre de 1915, puso de manifiesto que los rusos no estarían en condiciones de recuperar la iniciativa bélica hasta el verano de 1916. Hasta entonces era preciso establecer un compás de espera y aguantar cualquier posible ataque del adversario.

En los primeros meses del invierno de 1915-16, el Alto Mando alemán reforzó considerablemente sus efectivos en el frente occidental. La forzada tregua del invierno ruso se lo permitía.

Falkenhayn proyectaba una ofensiva limitada a un sector vulnerable del frente francés que obligase a Joffre a concentrar grandes efectivos. Con ello se evitaría una nueva y peligrosa profundización aliada en el arco que iba de la costa a Verdún.

El objetivo elegido fue esta última fortaleza, que formaba un recodo en las líneas francesas, entre Champaña y Lorena. El 21 de febrero, tras una formidable preparación artillera, el V ejército alemán, mandado por el *kromprinz* imperial, inició el ataque a las defensas exteriores de la ciudad.

Durante veinte días la infantería germana progresó en los bosques que rodeaban *Verdún* y tomó los fuertes de *Duamont* y *Vaux*, avanzadas de las fortificaciones galas.

El ataque sorprendió a los franceses, que estaban reorganizando su frente. Las comunicaciones por ferrocarril con la retaguardia quedaron cortadas. La artillería alemana —que llegó a sumar 2.200 piezas— machacaba diariamente las posiciones enemigas. Los combates cuerpo a cuerpo con empleo de granadas y lanzallamas se generalizaron.

Joffre, sin embargo, no cayó en la trampa. Mantuvo el grueso de sus fuerzas en otros sectores y continuó preparando la ofensiva que proyectaba para el verano en el río Somme. Pétain, nombrado comandante de la plaza, recibió instrucciones de resistir con los efectivos de que disponía. Aun así, se organizó un turno de combatientes a través de la carretera de Bar-le-Duc —la *vía sagrada*— que permitió el envío continuo



Hundimiento de un buque mercante aliado por los alemanes, como efecto de la guerra submarina

de tropas de refresco sin comprometer nuevas unidades.

La maniobra del jefe del Estado Mayor alemán se volvió en su contra. *Verdún* se convirtió en un mito de la resistencia francesa. Durante cuatro meses, en un infierno de fuego y fango, los hombres de Pétain siguieron la consigna de su jefe: *Courage! On les aura!*, y resistieron en sus posiciones.

El 24 de junio, en plena ofensiva de los rusos en el este y tras el fracaso de los austriacos en su ataque a las posiciones italianas en el Trentino, Falkenhayn ordenó detener la ofensiva. La batalla podía considerarse ya una derrota alemana, aunque la presión del V ejército sobre Verdún se prolongaría durante otros seis meses.

Aunque las bajas francesas eran unos 315.000 hombres, los alemanes habían perdido 282.000 en su inútil empeño y, lo que era peor, el enemigo estaba en condiciones de pasar a la ofensiva en el *Somme*.

Esta nueva maniobra, en el otro extremo del arco, se venía preparando desde febrero. Joffre había dispuesto que se desarrollase en un frente de 70 kilómetros, que luego quedaron reducidos a 40. Su objetivo era, al igual que el de Falkenhayn en *Verdún* agotar al enemigo y lograr la ansiada *ruptura* que le obligase a replegarse.

El peso de la batalla debía recaer en las fuerzas expedicionarias británicas, que ahora dirigía el general Douglas Haig, pero en la margen izquierda del río el general Emile Fayolle disponía, asimismo, de 14 divisiones francesas y una imponente masa de artillería.

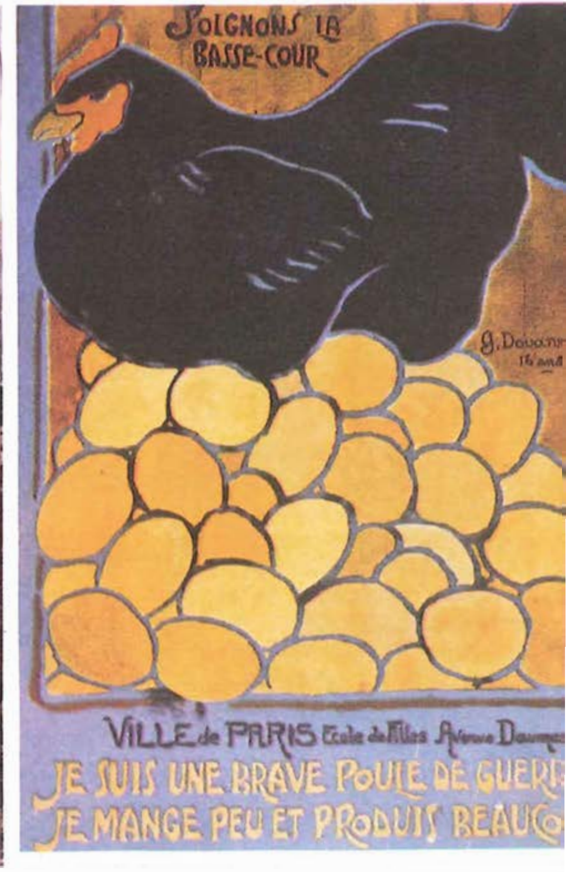
El 1 de julio de 1916, los aliados lanzaron unos 100.000 hombres contra las posiciones alemanas. Los germanos, que, al igual que en 1914, habían tenido que desviar parte de sus efectivos hacia el frente ruso, cedieron en un primer momento, pero luego pudieron consolidar sus posiciones y rechazar a los atacantes.

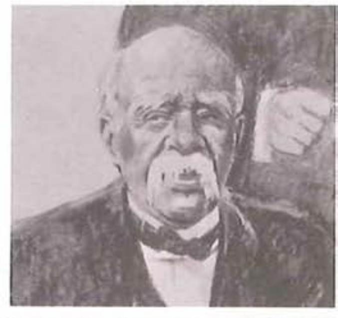
Durante tres meses se desarrolló una *batalla de desgaste* en un sector relativamente breve del frente, pero erizado de obstáculos. La imponente superioridad de medios de los franco-británicos —que utilizaron los tanques por primera vez— no sirvió de nada frente a la tenaz defensiva alemana y la ofensiva fracasó.

Las pérdidas humanas superaron esta vez los costos de las anteriores ofensivas. La despiadada táctica de *desgaste* puesta en práctica por el Alto Mando aliado fue fatal

Destrucción y muerte tras el combate, según una obra de F. H. Varley (arriba). *Tropas alemanas acampando en el interior de una iglesia* (abajo, izquierda). *Cartel francés fomentando la producción avícola* (abajo, derecha)







GEORGES CLEMENCEAU

Nació en 1841 y toda su existencia giró en torno a la política y el periodismo. Diputado en 1871, se convirtió en el dirigente de la extrema izquierda parlamentaria. Defensor de Dreyfus con ocasión del caso que éste protagonizó, ocupó la jefatura del Gobierno en 1917. En el plano político consiguió reforzar la *Unión Sagrada* de todos los partidos; en el militar unificó el mando aliado e impulsó la ofensiva contra el enemigo. Retirado de la política tras ser derrotado en las elecciones presidenciales de 1920, murió ocho años más tarde.



MARISCAL FOCH

Nació en 1851 y en 1907 alcanzó el generalato y el cargo de director de la Escuela Superior de Guerra. En 1914 era adjunto de Joffre, para pasar un año después a dirigir los ejércitos del norte. En 1916 tuvo el mando en la batalla del Somme y, en marzo de 1917, fue nombrado jefe del Estado Mayor General. Como dirigente supremo de las fuerzas aliadas obligó a la capitulación de Alemania en noviembre de 1918. Murió en el año 1929.



GUILLERMO II

Segundo emperador de la Alemania unificada, nació en 1859. Intervino de forma directa en política y provocó en 1890 la dimisión del canciller Bismarck. Durante su reinado, las moderadas reformas sociales emprendidas no calmaron el malestar de los sectores democráticos y progresistas. Su personal militarismo impulsó la agresividad del Ejército y facilitó el ascenso del poder castrense en el interior de la sociedad alemana. Obligado a abdicar tras la derrota de su país en noviembre de 1918 marchó al exilio en Holanda. Murió en aquel país en el año 1941.



MARISCAL HINDENBURG

Nació en 1847 y participó en las guerras austro-prusiana de 1866 y franco-prusiana de 1870. Profesor de táctica en la Escuela Superior de Guerra, intervino muy activamente en la Gran Guerra, durante la que venció a los rusos en las batallas de Tannenberg y los Lagos Masurianos. Dirigió, junto con Luddendorf, la ofensiva hacia el este y llegó a ser jefe del Alto Mando Supremo en julio de 1916. En abril de 1925 fue elegido Presidente de la joven República alemana, cargo que ocupó hasta su muerte en 1934. Un año antes había nombrado canciller a Adolf Hitler.



MARISCAL JOFFRE

Nació en 1852 y, ya como militar, participó en la defensa de París en 1870. Siguió su carrera en puestos coloniales en Africa y Asia y, en el año 1911, fue nombrado jefe del Estado Mayor del Ejército. Nombrado comandante en jefe de los ejércitos del norte en 1914, dirigió la batalla del Marne y, en 1915, fue ascendido al cargo de comandante en jefe de todos los ejércitos franceses. Destituido en 1916, al año siguiente alcanzó el grado de mariscal. Murió en el año 1931.

El rey Pedro de Serbia y su corte durante la retirada hacia los puertos del Adriático, 1915



para cientos de miles de jóvenes combatientes.

Cuando en el mes de octubre se detuvo la *ofensiva del Somme*, los alemanes habían perdido casi medio millón de hombres, pero los británicos, que habían llevado el peso del ataque, habían sufrido unas 420.000 bajas y los franceses cerca de 200.000.

Ambos bandos quedaron tan agotados tras *el Somme* y *Verdún* que el frente francés tardaría muchos meses en recuperar su plena actividad.

Por lo que respecta al escenario alpino, tras los débiles avances italianos de 1915, el jefe del Estado Mayor austro-húngaro, Conrad von Hotzendorf, planeó una contraofensiva en la región del Trentino para la primavera de 1916.

Con mucho mayor retraso de lo previsto a causa de la nieve, las 18 divisiones que mandaba el archiduque Eugenio atacaron el 15 de mayo. Las líneas cedieron y los austriacos ocuparon la localidad de *Asiago*, donde hicieron varios miles de prisioneros.

Cuando peor estaban las cosas para las tropas de Cadorna, los rusos les devolvieron el favor del año anterior. La ofensiva desencadenada por Brusilov obligó a los austrohúngaros a detener la suya en el Trentino y a enviar apresuradamente refuerzos al este. Era lo que esperaba el Alto Mando italiano, que a principios de agosto concentró importantes efectivos en el frente del *Isonzo*.

La nueva ofensiva sobre el río —la sexta desde mayo de 1915— duró sólo doce días y sus resultados fueron muy parcos. Los austriacos perdieron Gorizia, pero contuvieron el ataque. Entre septiembre y noviembre, otras tres ofensivas en el mismo sector terminaron de la misma manera. A finales de año, pese a la evidente superioridad material del adversario, el Ejército austro-húngaro se mantenía firme en sus posiciones alpinas.

Bibliografía

Aguirre, J. F., *La Gran Guerra y la Revolución Rusa,* Barcelona, Argos, 1966. Badía Badía. G., *Los espartaquistas,* Barcelona, Mateu, 1974. Clark, A., *El suicidio de los imperios,* Barcelona, Nauta, 1971. Cortés, J., *Alfonso XIII y la Guerra del catorce,* Madrid, Alce, 1976. Díaz-Plaja, F., *Francófilos y germanófilos,* Barcelona, Dopesa, 1973. Droz, J., *Les causes de la Première Guerra Mondiale,* París, Editions du Seuil, 1973. Id., *Historia del socialismo,* Barcelona, Ediciones de Materiales, 1977. Ferro, M., *La Gran Guerra, 1914-1918,* Madrid, Alianza, 1980. Gallego, J. A., *Los movimientos revolucionarios europeos, de 1917-1921,* Sevilla, Universidad de Sevilla, 1979. Guillén, P., *El Imperio Alemán, 1871-1914,* Barcelona, Vicens Vives, 1973. Horne, A., Del Marne a Verdún, 1914-1916, Barcelona, Nauta, 1970. Katkov, G., y Shukman, H., *La Rusia de Lenin,* Barcelona, Nauta, 1971. Koeltz, L., *La guerre de 1914-1918. Les opérations militaires,* París, Editions Sirey, 1966. Kriegel, A., *Las Internacionales Obreras,* Barcelona, Martínez Roca, 1977. Kurtz, H., *El II Reich,* Barcelona, Nauta, 1970.

Estamos haciendo futuro.



Telefónica